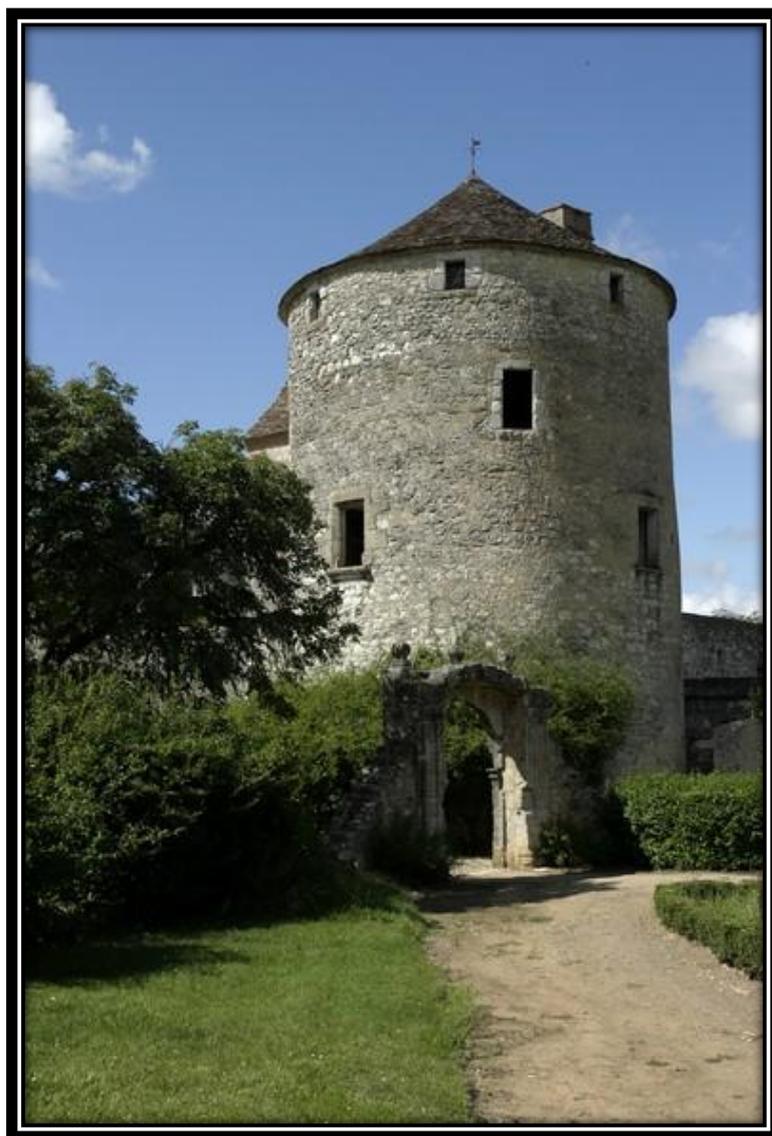


La torre de Montaigne

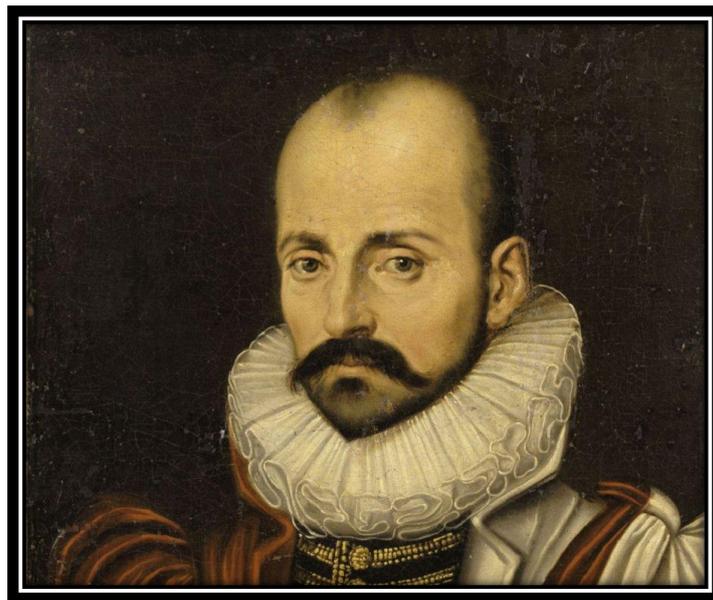


Kenshinkan dôjô 2016

Me lo imagino vehemente, avistando la torre de su castillo a lo lejos, aflorando, señorial, más allá de los campos fértiles ya sembrados. La imponente casa familiar le estaría esperando detrás de los árboles centenarios del jardín donde, aquella mañana luminosa de su regreso, aún pasearía Francoise de La Chassaigne, su esposa, quien no dejaría de observar la orilla del estanque donde sus hijos jugarían absortos en su mundo infantil.

Sin dilación, ya a galope tendido, enfilaría el último tramo del camino para llegar, después de una larga ausencia, aventuras, soledad y experiencias, a su hogar.

Un año después de haber partido de Burdeos, para sentirse de nuevo hombre libre cruzando los caminos de Europa, Michel de Montaigne regresaba a su viejo castillo para encerrarse en la torre que se hiciera construir en uno de sus extremos, donde se dedicaría, el resto de su vida, a la meditación, la escritura, la lectura y la revisión de sus Ensayos.



Michel de Montaigne

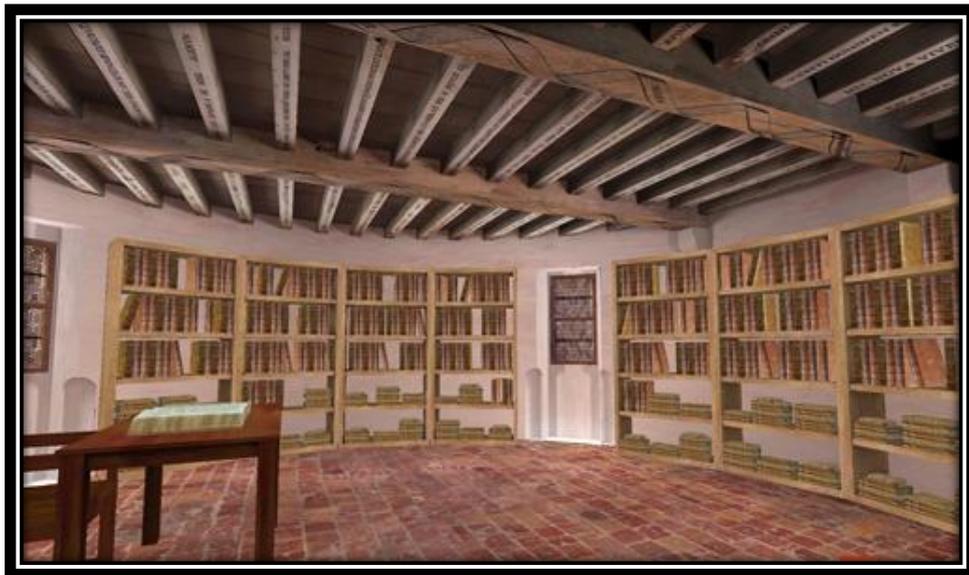
Siempre dividió su amor entre esas dos tentaciones que, en muchos casos, gobiernan la existencia de todo ser humano: el viaje y el hogar; o, lo que es igual: la aventura y la seguridad.

Como buen renacentista, Michel de Montaigne acometió numerosas empresas personales y profesionales, se interesó por todos los saberes del momento, fue político, diplomático, militar, escritor de éxito, filósofo, consejero real, padre de

familia, viajero y amante. Esta intensa vida mundana la equilibraría con un profundo sentido de la observación, con un minucioso análisis de la naturaleza humana que reflejaría, como nadie, en sus célebres *Ensayos*.

El viaje fue para Montaigne un motivo de encuentro con su mundo interior y, sus retornos, una oportunidad para retirarse a su torre de marfil: el refugio espiritual en el que convertiría el último piso de su particular atalaya, donde se rodearía de sus más de mil volúmenes –algo del todo infrecuente en el momento histórico que le tocó vivir- y donde se encontrarían sus más que admirados clásicos -Plutarco, Séneca, Homero, etc.- con quienes conversaría a diario y de quienes aprendería a ser el hombre que llegó a ser.

Personificación perfecta del hombre de letras y de acción, Michel de Montaigne, blandía la espada con la misma elegancia que escribía sus *Ensayos*, se batía en el combate con idéntica intensidad que lo hiciera en el juego del amor, amaba sus retiros tanto como sus viajes por Alemania, Suiza, Austria o aquella Italia con la que tantas veces había soñado desde su infancia.



Biblioteca de Montaigne

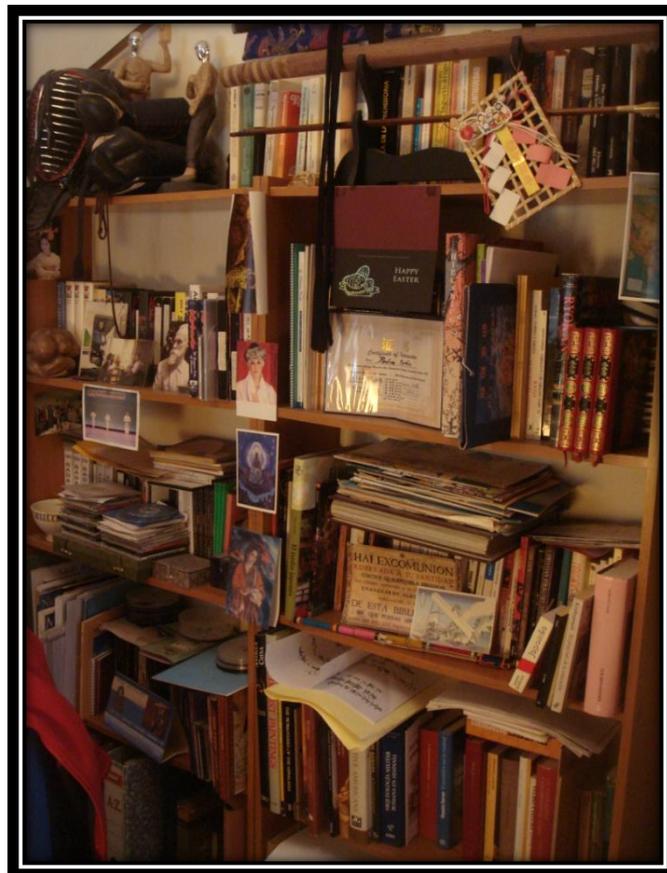
Allá arriba, mientras escribía o paseaba, levantando de tiempo en tiempo la mirada hacia las vigas que cruzaban la estancia y en las que había rotulado su propio código de conducta con sentencias preclaras de los maestros latinos, Montaigne se sumergiría en el sueño profundo de la lectura que nunca dejó de acompañarle.

Mientras recordaba la relación que el filósofo sostuvo con los libros y leía de nuevo sus lúcidos *Ensayos*, me acordé del primer encuentro que sostuve con mi propio

maestro, a quien encontré por primera vez en Japón, después de mucho buscarle, rodeado de libros.

La biblioteca del dôjô de Sugawara Sensei fue una de las cosas que más me impresionaron cuando le conocí, y una de las razones que más me influyeron para reconocer la dimensión de su magisterio, la profundidad de sus investigaciones y el fondo abismal de sus conocimientos.

En ella, la historia de los Metales se codeaba con los ensayos sobre Bujutsu; los viejos volúmenes del *Sanryaku* y del *Bubishi* se rozaban con los textos más clásicos de la filosofía china; las ediciones dedicadas a los Koryû se daban la mano con los tratados de Medicina Tradicional China, Tai Chi, Bagua o I Shing. Era como si estuviera, también él, en pleno diálogo con aquellos libros, con todos aquellos autores que le rodeaban, le abrazaban, le cuidaban, le protegían y le inspiraban.



Biblioteca de Kenshinkan dôjô

Sugawara Sensei, que ha viajado por todo el mundo enseñado su Arte, que ha estudiado el Budô más puro en el corazón mismo de las Escuelas más clásicas de Japón, que ha recorrido las rutas del Shingon a través de las montañas de Kumano,

entrevistado a los Ainus del viejo país de Ezochi –Hokkaido- donde él mismo nació, que ha perseguido la epopeya de Chojun Miyagi Sensei en Fuzhou, estudiado los Pueblos Escitas en Tuva y el Altai, en el corazón mismo de Asia Central, explorado los confines de ese país gigantesco, que es China, para constatar las relaciones existentes entre el Budô que enseña y las Artes Marciales del Continente, que acometió el estudio de la forja tradicional de Japón adentrándose en los secretos del hierro, forjando, también él sus propias espadas, me ha confesado, en más de una ocasión, que a veces la felicidad es para él esa vuelta al hogar después del viaje: el retorno al trabajo tranquilo, el sosiego en el refugio de sus libros, de sus investigaciones, de sus escritos, de aquel dôjô en el que se siente feliz, pleno y útil.

Vivir una vida desde una única perspectiva es, a decir del *Maestro de la Montaña*, una pérdida del tiempo vivido. En efecto. El mismo Montaigne vivió muchas y diferentes vidas sin dejar de ser quien fue, siendo éstas no sólo aderezadas con nuevos registros geográficos, profesionales, familiares o sociales, sino disfrutadas plenamente desde el interior de todos y cada uno de los libros con los que convivió, fruto del pensamiento de algunos autores a los que el filósofo fue fiel hasta el final de sus días.

Ahora, que llega el invierno, también yo me repliego al interior de los libros, encapsulándome en la biblioteca del dôjô para dejarme acompañar por los clásicos, para permitirme sus consejos, para adentrarme en los recodos de cada uno de los volúmenes que me rodean, para quedarme varado y en sintonía con éstos que han expresado, a través de la palabra impresa, el sentido de su Budô, su dimensión espiritual.

Como en aquel dôjô lejano que encontré en las montañas del sur de Japón, al que acudían estudiantes procedentes de las granjas cercanas sosteniendo, en un brazo, sus armas y, en el otro, el libro de anotaciones en el que recogían todas y cada una de las palabras que el Sensei pronunciaba acerca de la Escuela, su historia y sus katas, así también nosotros, hombres y mujeres de Budô, debemos empuñar en una mano la espada y en la otra sostener, siempre, los libros.

Decía Montaigne que el día que dejara de sentir curiosidad por adentrarse en la hondura de sus libros sería el principio del fin de su propia vida. Yo creo que la Curiosidad ha de ser un valor en la vida de un verdadero budoka, y que los libros han de acompañar hasta el final ese periplo viajero de autodescubrimiento que es el Budô Clásico.

Kenshinkan dôjô 2016